

Yo me he subido hasta aquí,
yo, verode, a tus tejados,
para poner a la altura
de la ciudad todo el campo.

Pero no para subir a los tejados de las casas, sino a los tejados de las islas, a las cumbres, entendidas no como dorsales sino como pincoras.

Pasó por las aulas, regaló sabiduría. Se recreó en los libros y creó libros nuevos. Habló en centenares de ocasiones. Inventó partituras verbales que ejecutó, con el virtuosismo de los maestros, con los dos instrumentos que siempre le acompañaron y que tan sabiamente sabía manejar: la lucidez y la ironía.

Alongarse al vacío de la especulación atrevida, fue su tentación permanente, pero siempre sujeto al fino, pero inquebrantable, hilo de la razón. Sí, pendiente de un hilo, pero ¡qué bien manejaba ese hilo! Original siempre y siempre sorprendente.

Dicen que finalmente se le vio, después de doblar la esquina del siglo, navegar en solitario, rumbo a San Borondón.